

de mayo de 1582, donde queda claro que el propio Herrera se había encargado de las gestiones para la publicación del resumen de Recchi, prestando especial atención a los grabados de las plantas: "He procurado para que esta obra saliese a la luz de que se buscasen aquí algunas personas que tallasen y hiciesen las estampas de los dichos simples y yerbas de la forma y tamaño que están en los dichos libros". En estas minucias, se demuestra su gran interés en que al menos se publicara el resumen de la obra de su amigo, llega, incluso, a comentar lo poco que costaría la impresión: "...que no pasará todo esto de costo de 1500 ducados los cuales su majestad podrá sacar de alguna cosa que por ahí estará represada de algún ofiçinelo. Y no hallo cierto cosa en que más bien se haya empleado tal cantidad de dinero".

Los argumentos de Juan de Herrera son terminantes: la gran inversión ya se ha hecho, al enviar a Hernández a América, lo que queda por gastar es poco y la ganancia en ver publicada la obra, mucha. Por otra parte resulta evidente que, en lo que respecta a los grabados, solo son los de las plantas seleccionadas por Recchi, ya que en la propia carta se dice que "...las yerbas que se han de cortar son 400", es decir las ilustraciones de las plantas seleccionadas.

En 1582 Felipe II decide regresar a Madrid. Entra por Badajoz y tras descansar unos días en Guadalupe, llega a Madrid a finales de Marzo de 1583.

Juan de Herrera dio la bienvenida al monarca en El Escorial, donde se ultimaban las obras de construcción. El arquitecto se esforzó, ante el rey, con quien le unía una estrecha relación, para que autorizase la publicación del resumen de Recchi; pero existían otras prioridades y aunque se hicieron las copias de las pinturas originales, la labor de imprimir los textos y grabar las cuatrocientas ilustraciones no se llevó a cabo. Hay que tener en cuenta que al regreso de Felipe II de Portugal, en el año 1583, la deuda del estado, que se venía arrastrando desde las guerras de Flandes, se había incrementado con la campaña portuguesa hasta cotas extraordinarias, nunca jamás alcanzadas.

En esos años Hernández tampoco pudo ver a su amigo Arias Montano que permanecía recluido en El Escorial, sumamente ocupado con los continuos encargos reales, en la organización de la biblioteca y en las labores de dirección y docencia del colegio y del seminario. Tal fue la dedicación a su trabajo, que durante ese periodo Montano no pudo publicar ninguna obra nueva.

Por mucho que interesase el resumen de Recchi, la corte no estaba para dispendios en cuestiones que no

eran urgentes. Por más que Hernández y sus amigos, notablemente Herrera siguieran insistiendo ante el rey, las negativas reiteradas y los aplazamientos eran regla en las respuestas de la corte. Y así transcurrió el año 1584, en el que las circunstancias económicas del estado no mejoraron y durante el cual la atención del monarca y la del propio Herrera estuvo centrada en la culminación de la magna obra de San Lorenzo de El Escorial donde se puso la última piedra el 13 de septiembre de 1584.

El manuscrito resumen quedó en poder del propio Nardo Recchi, a la espera de la decisión del monarca de proceder a su impresión. Francisco Valle, Protomédico General, e impulsor del resumen de Recchi se quedó con una copia personal. A finales de 1584, Herrera, libre del compromiso de la obra de El Escorial, pudo insistir de nuevo ante el rey para emprender la publicación de la obra de Hernández. Pero en enero de 1585 el rey y toda la corte volvieron a abandonar Madrid en dirección a Zaragoza para asistir a la boda de la princesa Catalina; de allí fueron a Barcelona, Tortosa y Valencia y no regresó a Madrid hasta marzo de 1586.

Hernández seguía escribiendo, casi sin fuerzas, sólo animado por su voluntad extraordinaria; sin rendirse. Consiguió acabar el libro cuarto de su propio resumen, con veintiún capítulos dedicados a los animales de los que se servían los indios para tratar enfermedades y de los minerales con virtudes curativas. En la introducción al estudio de los minerales Hernández escribe lo siguiente: "...que si hubiera de tratar dignamente de todos los minerales de la Nueva España, serían necesarios otros libros, como los presentes, que escribo por mandato del invictísimo rey Felipe II". Es interesante la confesión, de que estaba escribiendo ese nuevo manuscrito por encargo del rey. Ya sabemos que la impaciencia de los asesores reales, incapaces de soportar la minuciosidad de Hernández, forzó el encargo paralelo, confiado al napolitano Recchi.

Pero Hernández, a pesar de sus achaques y de su pena, consiguió acabar por completo su resumen. Para cumplir con justeza al encargo del monarca, incluyó al final, unas tablas sinópticas con la descripción de más de doscientas enfermedades y los tratamientos mediante los remedios descritos. Al final del manuscrito aparece la frase "*Laus Deo omnipotenti et Virgini sacratissimae*" y luego su firma y rúbrica.

Y ya era hora de que concluyera. Hernández estaba muy enfermo de cuerpo y destrozado de espíritu. Con gran dolor veía cómo la obra extraordinaria

